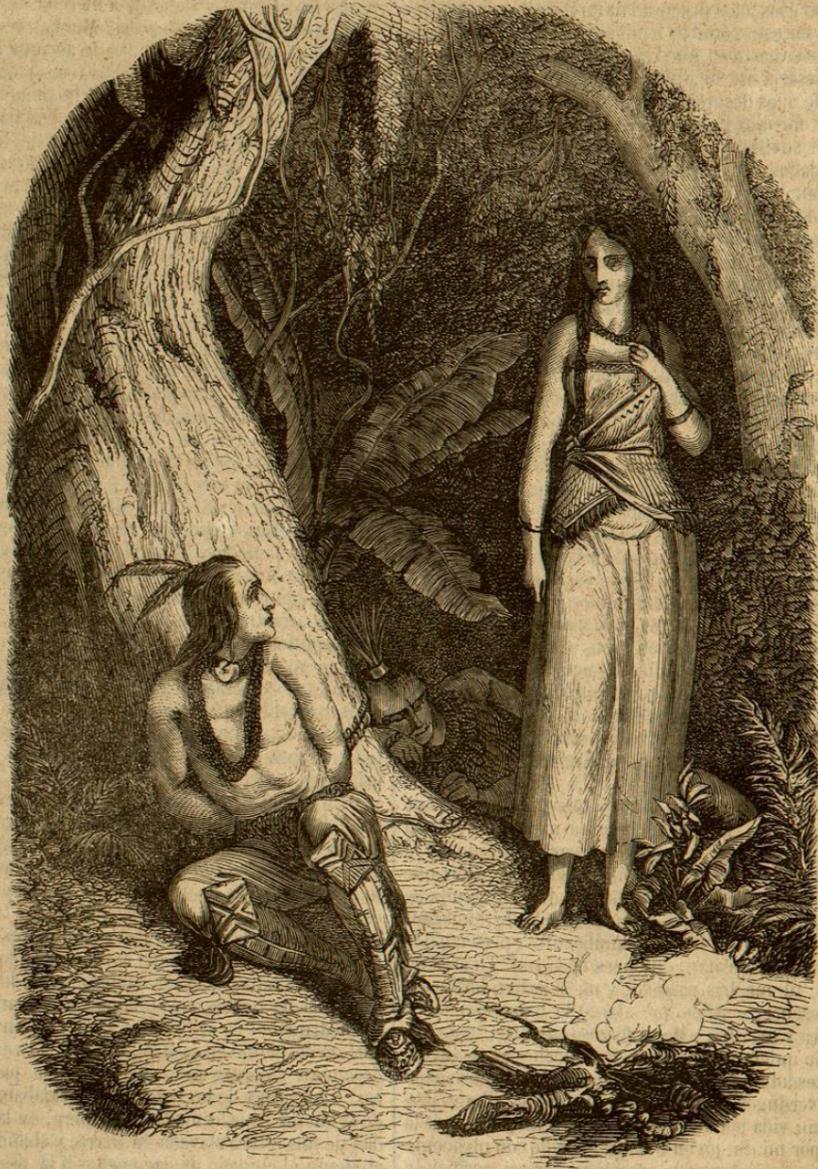


medio de las corrompidas lagunas; así se deposita la esperanza en el fondo de los corazones ulcerados por las amarguras; y así brota la virtud del seno de las miserias de la vida.

«Ah! No tardé en descubrir cuánto me había equivocado sobre la aparente calma de Atala, cuya tris-



ATALA LIBRANDO A CHACTAS.

teza aumentaba á medida que adelantábamos. Muchas veces se estremecía sin motivo alguno, y volvía presurosa la cabeza, ó bien la sorprendía fijando en mí una mirada de amor, que luego dirigía al cielo con profunda melancolía. Lo que especialmente me alarmaba era un secreto, un pensamiento oculto en

teza aumentaba á medida que adelantábamos. Muchas veces se estremecía sin motivo alguno, y volvía presurosa la cabeza, ó bien la sorprendía fijando en mí una mirada de amor, que luego dirigía al cielo con profunda melancolía. Lo que especialmente me alarmaba era un secreto, un pensamiento oculto en

«bosques en los ardores del Mediodía! Eres hermoso como el desierto con todas sus flores, con todas sus brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezco, y si mi mano toca la tuya, pareceme que voy á espirar.»
«El otro día, jugueteó el viento esparció tus cabellos sobre mi rostro, mientras descansabas reclinado en

«mi seno, y creí sentir el ligero contacto de los espíritus invisibles. Si; he visto las tiernas cabras de la montaña de Ocoña, y oído los discursos de los hombres abrumados de años; pero la mansedumbre de aquellos animales y la sabiduría de los ancianos son menos gratas y persuasivas que tus palabras. Y sin embargo, ¡pobre Chactas! nunca seré tu esposa.»

«Las interminables contradicciones del amor y de la religión de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la altivez de su carácter y su exquisita sensibilidad; la elevación de su alma en las cosas grandes y su susceptibilidad en las pequeñas, la convertían en un ser incomprendible para mí. Atala no podía ejercer sobre un hombre un débil ascendiente: llena de pasiones, lo estaba también de poder, y era forzoso adorarla ó aborrecerla.»

«Después de quince días de una marcha presurosa, entramos en la cordillera de los Alleghanis, y llegamos á uno de los brazos del Tenaso, río que desagua en el Ohio. Brindándome á los consejos de Atala, construí una canoa que barnicé con goma de ciruelo, después de haber cosido las cortezas con raíces de abeto. Embarqueme en la frágil nave con Atala, y nos abandonamos á la corriente.»

«El pueblo indio de Sticó se mostraba á nuestra izquierda con sus sepulcros piramidales y sus ruinosas cabañas, en el recodo de un promontorio, y dejamos á nuestra derecha el valle de Keow, terminado por la perspectiva de las cabañas de Jora, situadas en frente de la montaña del mismo nombre. El río que nos arrastraba corría entre unos altos montecillos en cuyo término se descubría el sol que se perdía en el ocaso. Solo vimos en aquellas profundas soledades, no turbadas por la presencia del hombre, á un cazador indio, que apoyado en su arco é inmóvil sobre la punta de un peñasco, parecía una estatua erigida en la montaña al genio de aquellos desiertos.»

«Atala y yo uníamos nuestro silencio al silencio de aquella escena, cuando la hija del destierro hizo resonar de improviso en los aires una voz llena de emoción y melancolía, con que cantaba la ausente patria:

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!»

«Si el grajo azul del Maschacé dijese á la oropéndola de las Floridas: ¿Por qué te quejas tan tristemente? ¿No tienes aquí frescas aguas, gratas sombras y toda clase de sustento, como en tus bosques?»
«—Si, respondería la fugitiva oropéndola, pero ¿quién me traerá mi nido, oculto en el jazmín?»
«¿Tienes acaso el sol de mi sábana?»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!»

«Después de las horas de una marcha fatigosa, el viajero se sienta tranquilamente, y contempla en su derredor los techos de los hombres; mas él no tiene lugar alguno en que reclinar la cansada cabeza. El viajero llama á la cabaña, pone su arco detrás de la puerta y pide hospitalidad; pero el dueño de la cabaña hace un ademán con la mano; el viajero vuelve á tomar su arco, y torna al desierto.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!»

«Historias maravillosas, narradas al calor del hogar doméstico, tiernas expansiones del corazón, arraigadas costumbres de amar, tan necesarias á la vida; ¡vosotros habeis llenado los días de aquellos que no han abandonado su país natal! Sus sepulcros están en su patria, con el sol poniente, con las lágrimas de sus amigos, y con los encantos de la Religión.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las

«fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!»

«Así cantó Atala, sin que nada interrumpiese sus lamentos, excepto el casi imperceptible rumor de nuestra canoa que desfloraba las tranquilas aguas. Solo en dos ó tres lugares fueron recogidos por un débil eco, que los repitió á otro mas débil, y este á un tercero, que lo era aun mas: hubiérase creído que las almas de dos amantes, infortunados en otro tiempo como nosotros, atraídas por aquella tierna melodía, se complacían en suspirar sus últimos acordes en la montaña.»

«No obstante, la soledad, la presencia continua del objeto amado y nuestros mismos infortunios redoblaban á cada instante nuestro amor. Las fuerzas de Atala empezaban á desfallecer, y las pasiones al debilitar su cuerpo, amenazaban triunfar de su virtud. Invocaba, pues, continuamente á su madre, cuya irridada sombra se proponía al parecer aplacar. Algunas veces me preguntaba si oía una voz lamentosa, si veía salir de la tierra fugitivas llamaradas. Por lo que á mi respecta, extenuado de cansancio, pero reanimado por el amor, y pensando que tal vez estaba irremediamente perdido en aquellos bosques, cien veces me sentí inclinado á estrechar á mi esposa entre mis brazos, y cien le propuse construir una barraca en aquellos lugares, y ocultarnos en ella para siempre; pero se negó constantemente á secundar mis proyectos, diciéndome: «No olvides, joven amigo mio, que un guerrero se debe á su patria. ¿Qué vale una mujer, comparada con los altos deberes que estás llamado á llenar? Recobra el perdido valor, hijo de Utalisi, y no murmures del Destino. El corazón del hombre se asemeja á la esponja del río, que ora bebe unas aguas puras en los días bonancibles, ora se impregna de unas aguas cenagosas cuando el cielo ha removido las corrientes. ¿Tiene acaso la esponja el derecho de decir: Creía que nunca habría tormentas, y que nunca el sol se mostraria abrasador?»

«¡Oh, René! si temes las tormentas del corazón, desconfía de la soledad, porque las grandes pasiones son solitarias, y llevarlas al desierto es colocarlas en su natural dominio. Abrumados de pesares y de temores, expuestos siempre á caer en manos de los indios enemigos, á ser tragados por las aguas, mordidos por las serpientes ó devorados por las fieras, hallando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo ya qué rumbo seguir, parecía que nuestros males no podían rayar mas alto, cuando un accidente inesperado vino á llevarlos á su colmo.»

«Habíase cumplido el vigésimo séptimo sol desde que habíamos abandonado nuestras cabañas: la luna de fuego (1) había empezado su curso, y todo presagiaba una tempestad. A la hora en que las matronas indias cuelgan el cayado del labrador de las ramas de los árboles y las cotorras se retiran á las hendiduras de los cipreses, el cielo empezó á encapotarse. Extinguiéronse las voces de la soledad, el desierto emudeció, y los bosques quedaron en una calma universal. Pero en breve, el estruendo de un trueno lejano se prolongó por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, haciendo salir de sus intrincadas espesuras sublimes rumores. Temiendo ser sumergidos, nos dimos prisa á ganar la orilla del río y retirarnos á un bosque.»

«Este lugar era un terreno pantanoso, lo cual nos obligaba á adelantar con gran trabajo por un embovedado de zarzaparilla, entre enmarañadas cepas, indigos, lianas rastreras y otras plantas que se enredaban á nuestros pies. El suelo esponjoso retemblaba á nuestro paso, y á cada instante nos veíamos expuestos á ser abismados en los barrancos. Innumerables insectos

(1) El mes de julio.

tos y murciélagos de extraordinario tamaño, ofuscaban nuestra vista; las serpientes de cascabel se hacían oír en todas partes; y los lobos, los osos, los carcajús y los tigres que acudían á refugiarse en aquellos albergues, los llenaban con sus rugidos.

»Entretanto, la oscuridad se condensaba por momentos, y las nubes penetraban en los bosques. Rásganse de improviso los siniestros celajes, y el relámpago traza en los aires rojizas espirales de fuego. Un huracán, desatado en las regiones del Occidente, aglomera unas nubes sobre otras; los bosques ceden, el firmamento se entreabre alternativamente, y al través de sus anchas bocas descúbrese nuevos cielos y abrasados campos. ¡Terrorífico y magnífico espectáculo! El rayo prende en los bosques, el incendio se extiende como una inmensa cabellera de llamas, y unas columnas de centellas y de humo rodean las nubes que vomitan sus redoblados rayos en el vasto incendio. Entonces el Gran Espíritu cubrió las montañas de espesas tinieblas; y del seno de aquel caos se levantó un mugido confuso, formado por el fragor de los vientos, el gemido de los árboles, los ahullidos de las fieras, los chasquidos del incendio y el repetido retumbar de los truenos, que mugían al perderse sobre las aguas.

»El Gran Espíritu lo sabe. En aquellos aciagos momentos solo vi á Atala, solo en ella pensé. Al abrigo del encorvado tronco de un abedul, conseguí preservarla de los torrentes de lluvia; y sentado al pie del árbol protector, la sostenía sobre mis rodillas, y calentaba sus desnudos pies entre mis manos, considerándome mas feliz que la nueva esposa que siente agitarse por primera vez en su seno el fruto de su amor.

»Atento oído prestábamos el estruendo de la tempestad, cuando sentí rodar sobre mi seno una lágrima de Atala. «¿Tempestad del corazón! exclamé; ¿es esta una gota de tu lluvia? Luego, estrechando en mis brazos á la hija de Simagan, le dije: ¡Mujer! tu me ocultas alguna secreta amargura: ábreme tu corazón, ¡oh hermosa mía! ¡Es tan consolador que un amigo olea en nuestra alma! Revélamme ese secreto de dolor, que te obstinas en callar. ¡Ah! lo veo: ¡lloras tu patria!»—«Hijo de los hombres! ¿Cómo lloraría mi patria, si mi padre no era del país de las palmeras?—» «¿Cómo! repliqué lleno de asombro: ¿tu padre no era del país de las palmeras? ¿Quién es, pues, el que te ha colocado sobre esta tierra? ¡Responde!» Atala dijo:

«Antes que mi madre llevase en dote al guerrero Simagan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor y otras muchas riquezas, habia tenido relaciones con un hombre de la carne blanca. Pero la madre de mi madre habia arrojado á esta, agua al rostro, y la obligó á casarse con el magnánimo Simagan, semejante á un rey, y honrado de los pueblos como un genio. Mi madre, dijo á su nuevo esposo: «Mi vientre ha concebido: ¡dame la muerte!» Simagan le replicó: «¡Guárdeme el Gran Espíritu de consumir tan perversa acción! No te mutilaré, ni te cortaré la nariz ni las orejas, porque has sido sincera, y no has manchado mi lecho. Mio será el fruto de tus entrañas, y no te visitaré hasta despues de la partida del ave de arrozal, cuando haya brillado la luna décimatercera. En aquel tiempo rasgué el seno de mi madre, y empecé á crecer altiva como una española y como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana, para que su Dios y el Dios de mi padre fuese tambien el mío. Mas tarde, las amarguras del amor fueron á buscarla, y bajó á la pequeña cueva forrada de pieles, de la cual no se vuelve á salir.»

«Esta fue la historia de Atala. ¿Y quien era tu padre, pobre huérfana? le pregunté; ¿qué nombre le daban los hombres en la tierra? ¿cómo le llamaban

los genios?—Nunca he lavado los pies de mi padre, me contestó Atala; únicamente sé que vivía con su hermana en San Agustín, y que se ha mostrado siempre fiel á mi madre: Felipe era su nombre entre los ángeles, y los hombres le llamaban Lopez.»

«Al oír estas palabras, exhalé un grito que resonó en toda la soledad, y mezclé con la tempestad el tumulto de mis trasportes. Estrechando á Atala sobre mi corazón, exclamé entre sollozos: «¡Oh hermana mía! ¡oh, hija de Lopez! ¡hija de mi bienhechor!» Asustada Atala, me preguntó la causa de mi agitación; mas cuando supo que Lopez era el generoso huésped que me habia adoptado en San Agustín, y á quien habia dejado para recobrar mi libertad, se vió dominada á su vez de confusión y alegría.

«Era demasiado intensa para nuestros corazones aquella amistad fraternal que venia inopinadamente á visitarnos, y á unir su amor á nuestro amor. En lo sucesivo los combates de Atala iban á ser inútiles: en vano la sentí llevar una mano á su seno y hacer un movimiento extraordinario; yo la habia abrazado ya, su aliento me habia embriagado, y habia bebido en sus labios toda la magia del amor. Fijos los ojos en el cielo y á la luz de los relámpagos, sostenia á mi esposa en mis brazos en presencia del Eterno. Pompa nupcial digna de nuestros infortunios y de la grandeza de nuestro amor, soberbios bosques que agitabais vuestras lianas y copas como las cortinas y el cielo de nuestro tálamo; pinos incendiados que formabais las antorchas de nuestro himeneo; río desbordado, montañas retumbadoras, espantosa y sublime naturaleza, ¿es posible que solo fueseis un aparato impostor, y que no pudieseis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre?»

«Atala oponia ya una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi ventura, cuando súbitamente un impetuoso relámpago seguido de un trueno, surcó la espesura de las sombras, inundando el bosque de azufre y de luz, y derribando á nuestros pies un árbol. Huímos; mas... ¡oh sorpresa! En el silencio que sucedió, oímos el sonido de una campanilla. Absortos entramos, aplicamos el oído á aquel ruido tan extraño en un desierto. Pocos momentos despues, ladró un perro á lo lejos; acercóse á poco, redobló sus ladridos, llegó y ahulló de alegría á nuestros pies; un anciano solitario, provisto de una linterna, le seguia al través de las tinieblas del bosque. «¡Bendita sea la Providencia!» exclamó al vernos. «Mucho há que os buscaba! Mi perro os ha sentido desde el principio de la tempestad, y me ha guiado hasta aquí. ¡Buen Dios! ¡Cuán jóvenes son estos pobres hijos míos! ¡Cuánto han debido sufrir! He traído una piel de oso que será para esta jóven, y un poco de vino en mi calabaza.» ¡Alabado sea Dios en todas sus obras! Grande es su misericordia, é infinita su bondad.»

«Atala cayó á los pies del religioso, diciéndole: «¿Gefe de la oración! soy cristiana, y el cielo te envía para salvarme.—Hija mía, le replicó el solitario, levántandola; yo acostumbro tañer la campana de la Misión durante la noche y las tempestades, para llamar á los extranjeros, pues á ejemplo de nuestros hermanos de los Alpes y del Libano, he enseñado á mi perro á descubrir los viajeros extraviados.» «Yo apenas comprendia al ermitaño, pues su caridad me parecia tan superior al esfuerzo humano, que creia hallarme sometido á la influencia de un sueño. A la luz de la linterna del religioso, veia su barba y cabellos empapados en agua; y sus pies, manos y semblante estaban maltratados por las malezas. «¡Anciano! exclamé al fin; ¿qué corazón es el tuyo, que no temes ser herido por el rayo?—¡Temer! repuso el sacerdote cristiano con mas calor del que sus años anunciaban; temer cuando hay hombres en peligro, y yo puedo serles útil! Harto mal servidor de Jesucristo sería, si tal temor abrigase.—Pero ¿sabes, le dije,

que no soy cristiano?—¡Jóven! replicó el ermitaño, ¿acaso te he preguntado cuál es tu religion? Jesucristo no ha dicho: Mi sangre redimirá á este, y no á aquel. Murió por el judío y por el gentil, pues solo vió en los hombres hermanos y desgraciados. Muy poco vale lo que por vosotros hago, y en otra parte hallarais mas abundantes auxilios; pero la gloria no debe recaer sobre los sacerdotes. ¿Qué somos nosotros, débiles solitarios, sino los groseros instrumentos de una obra celestial? ¡Ah! ¿Qué soldado sería tan cobarde que huyese, cuando su gefe, con la cruz en la mano, y la cabeza coronada de espinas, marcha á su frente al socorro de los hombres?»

«Estas palabras me admiraron y enternecieron; y las lágrimas arrasaron mis ojos. «Queridos hijos míos, prosiguió el misionero, dirijo en estos bosques un reducido rebaño de hermanos vuestros. Mi gruta está cerca de aquí en la montaña; seguidme pues, y en ella hallareis un saludable calor; que si no puedo ofreceros las comodidades de la vida, encontrareis á lo menos un abrigo; y demos por ello cordiales gracias á la bondad divina, porque muchos hombres no lo tienen.»

LOS CAZADORES.

«HAY hombres justos cuya conciencia está tan tranquila, que no es posible acercarse á ellos sin participar de la paz que se exhala, por decirlo así, de su corazón y sus discursos. A medida que el solitario hablaba, sentia que las pasiones se aplacaban en mi pecho, y hasta la tempestad se alejaba á su voz; las nubes se dispersaron en breve, y permitiéndonos abandonar nuestro albergue, salimos del bosque y empezamos á subir una montaña. El perro nos precedia, llevando pendiente de un palo la linterna apagada. Yo conducia de la mano á Atala, y ambos seguíamos al misionero, que se volvia con frecuencia á mirarnos, contemplando con interés nuestras desgracias y juventud. De su cuello pendia un libro, y un báculo le servia de apoyo. Su estatura era alta, su rostro pálido y enjuto, y su expresion sencilla y sincera. No tenia las facciones faltas de expresion del hombre que nace sin pasiones; sino que por el contrario, se echaba de ver que sus dias habian sido borrascosos, pues las arrugas de su frente mostraban las cicatrices de las pasiones curadas por la virtud y el amor á Dios y á los hombres. Cuando nos hablaba en pie é inmóvil, su luenga barba, sus ojos fijos con modestia en el suelo, y su afectuosa voz presentaban cierto sello de calma y sublimidad. El que haya visto como yo al padre Aubry, caminando solo con su báculo y su breviario por el desierto, tendrá una verdadera idea del viajero cristiano en la tierra.

«Despues de media hora de una marcha peligrosa por los senderos de la montaña, llegamos á la gruta del misionero, en la que entramos por entre las yedras y las diferentes plantas, húmedas aun, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. No habia en aquel asilo sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos útiles de madera, un azadon, una serpiente doméstica, un crucifijo y el libro de los cristianos, sobre una piedra que servia de mesa.

«El hombre de los antiguos dias se apresuró á encender fuego con lianas secas; machacó maiz entre dos piedras, y habiendo hecho una torta, la puso debajo de la ceniza; y cuando hubo adquirido un hermoso color dorado, nos la sirvió caliente con crema de nuez en un vaso de arce. Habiendo la noche restablecido la serenidad, el servidor del Gran Espíritu nos propuso que nos sentáramos á la entrada de la gruta. Seguimosle á este lugar, desde donde se dominaba un inmenso paisaje. Los restos de la tempestad habian

sido arrojados en desorden hácia el Oriente; el resplandor del incendio prendido en las selvas por los rayos brillaba aun á lo lejos; al pié de la montaña, un pinar entero habia sido derribado en una vasta laguna y el río arrastraba en confuso tropel trozos enormes de tierra, troncos de corpulentos árboles, diferentes animales y peces muertos, cuyo plateado abdómen brillaba en la superficie de las aguas.

«En medio de esta escena refirió Atala nuestra historia al genio tutelar de la montaña. Su corazón se conmovió, como lo revelaban las lágrimas que sobre su barba caian. «Hija mía, dijo á Atala, es preciso que ofrezcas tus sufrimientos á Dios, por cuya gloria has hecho ya tanto, y él te devolverá el perdido reposo. ¿Ves humear esos bosques, secarse esos torrentes, disiparse esas nubes? Pues bien: ¿crees que el que es poderoso á calmar tan desecha tempestad, no lo será para domar las tormentas del corazón humano? Si no tienes asilo mejor, mi querida hija, te ofrezco un puesto en el rebaño que he tenido la dicha de llamar á Jesucristo. Yo instruiré á Chaetas, y te lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.»

«A estas palabras, me arrojé á los pies del solitario, derramando lágrimas de júbilo; pero Atala palideció como la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y entonces eché de ver que tenia las dos manos mutiladas. Atala que comprendió al punto sus desgracias, exclamó: «¡Bárbaros!»

«Hija mía, prosiguió el anacoreta con benévola sonrisa; ¿qué vale esto, comparado con lo que sufrió mi divino Maestro? Los indios idólatras que me han atormentado, son unos pobres ciegos á quienes Dios iluminará un día, y á quienes amo en proporcion de los males que me han causado. No he podido permanecer en mi patria, donde habia regresado, y donde una reina ilustre me habia dispensado el honor de querer contemplar estas humildes muestras de mi apostolado. ¿Y á que recompensa mas gloriosa podía aspirar por mis trabajos, que á la de haber obtenido del gefe de nuestra religion el permiso de celebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? «Restábase tan solo, despues de tanto honor, mostrarme digno de él: volví, pues, al Nuevo-Mundo, para dedicar el resto de mi vida al servicio de mi Dios. Pronto habrán transcurrido treinta años que habito esta soledad, y mañana se cumplirán veinte y dos que he tomado posesion de este peñasco. Cuando llegué á estos lugares, solo encontre familias errantes, de costumbres feroces y vida asaz miserable; mas, yo les he hecho oír la palabra de paz, y sus costumbres se han suavizado progresivamente, y ahora viven en sociedad al pié de esta montaña. He procurado además enseñarles, con los caminos de salvación, las artes indispensables á la vida, pero sin exagerarlas, y manteniendo á estos pobres indios en esa sencillez que constituye la felicidad. Y, temiendo serles incómodo con mi presencia, me he retirado á esta gruta, á donde vienen á consultarme. Aquí, lejos del comercio de los hombres, admiro á Dios en la grandeza de estas soledades, y me preparo á la muerte que me anuncian próxima mis cansados dias.»

«Esto dicho, el solitario se arrodilló, y nosotros imitamos su ejemplo; luego, empezó en alta voz una oración á que Atala respondia. Los mudos relámpagos rasgaban aun los cielos hácia el Oriente, mientras sobre las nubes de Occidente brillaban á la par tres soles. Algunas zorras dispersas por la tormenta, alargaban sus negros hocicos al borde de los precipicios, y se oía el murmullo de las plantas, que secándose á la brisa vespertina, levantaban sus abatidos tallos.

«Entramos de nuevo en la gruta, en que el ermitaño extendió un lecho de musgo para Atala, cuyos ojos y movimientos retrataban una profunda languidez; y miraba al padre Aubry como deseando revelarle algun secreto; pero parecia detenerse ante algun

obstáculo, ya fuese este mi presencia, ya cierto rubor, ya la inutilidad de la confesion. Levantóse á media noche y la vi buscar al solitario; mas este, que le habia cedido su lecho, habia salido á contemplar la hermosura del cielo y á orar en la cumbre de la montaña. Al día siguiente me dijo que acostumbraba hacerlo así, aun durante el invierno, pues se complacia en ver los bosques mecer su desuado ramaje, volar las nubes por los cielos, y oír los vientos y los torrentes bramar en la soledad. Mi hermana tornó á su lecho, donde quedó como aletargada. ¡Ay! henchido de faustas esperanzas, no vi en la debilidad de Atala otra cosa que pasajeros indicios de cansancio.

»Desperté al día siguiente, al canto de los cardenales y de los pájaros-burlones que anidaban en las acacias y laureles que rodeaban la gruta. Salí, pues, de esta á coger una rosa de magnolia, humedecida con las lágrimas de la mañana, y la prendí á la cabellera de la dormida Atala, esperando, según la religion de mi país, que el alma de algun niño de pecho habria bajado en una gota de rocío á aquella flor, y que un sueño feliz la llevaria al seno de mi futura esposa. Corrí luego en busca de mi huésped, á quien encontré con un rosario en la mano, esperándome sentado en el tronco de un pino derribado por los años. Propúsome ir en su compañía á la Mision, en tanto que Atala seguia entregada al sueño; brindeme al punto á su deseo, y nos pusimos en camino.

»Al bajar de las montañas, descubrí unas encinas donde los genios parecian haber trazado extraños caracteres. El ermitaño me dijo que él los habia estampado, y que eran versos de un antiguo poeta llamado *Homero*, y algunas sentencias de otro poeta, aun mas antiguo, llamado *Salomon*. Cierta armonía misteriosa reinaba en esta sabiduría de los tiempos: entre aquellos versos casi destruidos por el musgo, el viejo solitario que los habia grabado, y las decrepitas encinas que le servian de libros.

»Su nombre, su edad, y la fecha de su mision estaban señalados tambien en una caña al pié de aquellos árboles; yo me mostré asombrado de la fragilidad de este momento: «Durará mas que yo», respondióme el solitario, y valdrá siempre mas que el escaso bien practicado por mí.»

»Desde allí nos dirigimos á la entrada de un valle en que vi una obra maravillosa: un puente natural parecido al de la Virginia, y del que tal vez habrás oído hablar. Los hombres, René, y especialmente los de tu país, acostumbran imitar la naturaleza, pero sus copias son siempre mezquinas; mas no sucede así respecto de la naturaleza, que cuando parece imitar los trabajos de los hombres, les ofrece en realidad portentosos modelos. Entonces echa puentes desde una á otra cima de distantes montañas; suspende caminos en las nubes; derrama rios en lugar de canales; esculpe montes en vez de columnas, y en lugar de estanques ensancha las cuencas de los mares.

»Pasamos debajo del arco único de aquel puente, y nos hallamos en frente de otra maravilla: el cementerio de los indios de la Mision, á los *Bosquecillos de la muerte*. El padre Aubry habia permitido á sus neófitos enterrar sus difuntos, según sus costumbres y conservar en el lugar de su sepultura sus nombres salvajes; únicamente habia santificado aquel lugar colocando en él una cruz. Su suelo estaba dividido como el campo comun de las mieses, es decir, en tantas porciones cuantas eran las familias, y cada una de estas porciones formaba por sí sola un bosque, que variaba según el gusto de los que lo habian plantado. Un arroyo serpenteaba silencioso por entre aquellas fúnebres plantaciones, con el nombre de *Arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado á Oriente por el puente bajo que habiamos pasado; dos colinas lo limitaban al Septentrion y al Mediodía; y solo se abria hácia el Occidente, donde se alzaba un

vasto bosque de abetos. Los troncos jaspeados de estos árboles, subiendo sin ramas hasta sus cimas, remedaban altas columnas, y formaban el peristilo del templo de la muerte, donde se escuchaba un rumor religioso, parecido al sordo murmullo del órgano bajo las bóvedas de un templo cristiano; pero cuando se penetraba hasta el fondo del santuario, no se oía sino los himnos de los pajarillos que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los finados.

»Al salir de aquel bosque, descubrimos la Mision, situada á orillas de un lago, y en medio de una sábana esmaltada de flores; llegábase á ella por una alameda de magnolias y de encinas, que bordaban, por decirlo así, uno de esos antiguos caminos que se encuentran en las montañas que sirven de límites al Kentucky y las Floridas. No bien los indios vieron á su pastor en la llanura, abandonaron sus trabajos, y salieron gozosos á su encuentro. Quienes besaban su túnica, quienes le ofrecian un apoyo; las madres levantaban en brazos á sus tiernos hijos para que viesan al hombre de Jesucristo, y él vertia lágrimas de ternura, informándose á su paso de lo que entre sus ovejas ocurría, dando consejos á unos y benignas reprensiones á los otros, hablando al mismo tiempo de las mieses que era preciso recolectar, de los niños á quienes se debia instruir, de los trabajos á que se debia procurar un alivio, y á todos estos discursos mezclaba el nombre y el recuerdo de Dios.

»Así acompañados, llegamos al pié de una gran cruz que descollaba en el camino, y allí acostumbraba el servidor de Dios celebrar los misterios de su religion. «Mis queridos neófitos, dijo, volviéndose á la multitud, os han llegado un hermano y una hermana; y por colmo de felicidad, veo que la Providencia ha salvado ayer vuestras mieses del furor de la tormenta: estas son dos poderosas razones para que le tributemos gracias. Ofrezcamos, pues, el santo sacrificio, y asistan todos á él con un recogimiento profundo, una fe viva, una gratitud infinita y un corazón contrito.»

»Esto dicho, el sacerdote vistió una túnica blanca, tejida de corteza de morera, y los vasos sagrados se sacaron de un tabernáculo al pié de la cruz; preparóse el altar sobre un peñasco, tomóse agua del vecino torrente, y un racimo de uvas silvestres suministró el vino del sacrificio. Todos nos arrodillamos sobre las altas yerbas, y empezó la celebracion del misterio.

»La aurora que despuntaba á espalda de las montañas, teñía de rosa el Oriente; y todo se mostraba cubierto de oro y de púrpura en la soledad. El astro anunciado por tanto aparato de esplendor, surgió al fin de un abismo de luz, y su primer destello alumbró la hostia consagrada que el sacerdote alzaba en aquel mismo instante. ¡Oh encanto de la Religion, y magnificencia del culto cristiano! El sacrificador era un anciano ermitaño, el altar una tosca piedra, el templo el desierto, y el concurso unos sencillos salvajes! ¡No! no dudó que en el momento en que nos inclinamos al suelo, se cumplió el gran misterio, y que Dios bajó á la tierra, porque le sentí penetrar en mi corazón.

»Terminado el sacrificio, en el que solo faltó para mí la hija de Lopez, nos dirigimos á la poblacion, donde se advertía la mas tierna mezcla de la vida social y de la vida natural: en una extremidad del antiguo desierto se veía una plantacion reciente; las espigas hacian rodar sus olas de oro sobre el tronco de las derribadas encinas, y los haces de un verano reemplazaban el árbol de tres siglos. Veíase por donde quiera á los bosques, presa de las llamas, envolver los aires en densas humaredas, y al arado pasar lentamente entre los restos de sus raices. Los agrimensores median el terreno con largas cadenas, mientras los árbitros señalaban las primeras propieda-

des; el ave cedia su nido; la manida de la fiera trocábase en cabañas; oíase el estruendo de los martillos, y los redoblados golpes de la segur hacian mugir por la postrera vez los ecos, al desaparecer para siempre con los árboles que le servian de asilo.

»Yo vagaba embelesado en medio de aquellas apa-

cibles escenas, á que añadían nueva dulzura la imágen de Atala y los ensueños de felicidad en que mecia mi corazón. Admiraba el triunfo del Cristianismo sobre la vida salvaje, pues veía al indio civilizándose á la voz de la Religion, y asistía á las bodas primitivas del hombre y de la tierra: el hombre, en virtud de



LA TEMPESTAD.

este gran contacto, abandonaba á la tierra la costosa herencia de sus sudores; y la tierra, se obligaba á recompensarle, llevando fielmente las mieses, los hijos y las cenizas del hombre.

»Una mujer presentó un niño al misionero, que le bautizó entre los jazmines en flor, á orillas de un

manantial, mientras un ataud era llevado á los *Bosquecillos de la muerte*. Dos esposos recibieron la bendicion nupcial á la sombra de una encina, y luego fuimos á establecerlos en la cabaña que les habia sido destinada. El pastor nos precedía, bendiciendo el peñasco, el árbol y la fuente, como en otro tiempo